



PORTADA DEL CONVENTO DE MONJAS DE SANTA ISABEL DE GRANADA.

Es de estilo gótico, algo duro. Pero su efecto es bueno, á pesar de haberle faltado siempre las estatuas en los nichos que se ven vacíos.

No guarda proporcion con la fábrica de la iglesia, ni con la del convento, porque en la primera se vé el bizantino corrompido mezclado con el gótico, con el greco-romano y el churrigueresco; y en el segundo se vé el gótico de la decadencia al lado de la fábrica árabe, por haber sido el edificio en su origen el palacio de la madre del rey moro Boabdil, llamado por esta razon *Darla Horra* (casa de la honesta).

Después de conquistada Granada, habitó este palacio morisco Fernand de Zafra, secretario de la Reina Católica, y fundó en él un convento de monjas, que cedió á la Reina para que fuese retiro de ilustres señoras que abandonasen el mundo.

En 1507 se empezó la fábrica, demoliendo al efecto mucha parte del palacio de *Darla Horra*, y se concluyó á los pocos años.

Doña Luisa de Torres y otras veinte monjas que con ella fueron de Córdoba, fueron las primeras que lo habitaron.

Sobre la puerta del jardin del convento se lee todavia esta inscripcion africana: — « *No hay Dios sino Dios viviente, que siempre está despierto: él es criador de los cielos y de la tierra.* »

Se ignora cuál fué el arquitecto; los giros góticos de la portada no se parecen á los tallados en otros edificios por los artistas de aquella época.

La plazuela que sirve de entrada al convento tiene arbustos y jardines, y es risueña y pintoresca.

La portada y la iglesia son magestuosas, principalmente la segunda, cuya cúpula, construida de maderas olorosas, es de lo mas grandioso que puede verse.

En la iglesia y convento hay buenas esculturas de Becerra y de Mora; varios cuadros de Juan de Sevilla; otros de escuela granadina, y en el retablo algunas tablas de la severa escuela alemana.

24 DE NOVIEMBRE DE 1830.

El convento está situado en el Albaicín, al borde de la grande colina que domina la parte de la ciudad que cae á la derecha del río Darro.

CARTA INÉDITA DE HEREDIA.

Manchester 17 de junio de 1824.

Mis ojos se han saciado contemplando la maravilla de la creación, el espectáculo mas sublime que ofrece la naturaleza salvaje sobre la tierra.

El 15 del corriente salí de Lewinston á las seis de la mañana. Desde las alturas se goza de una estensa vista sobre el Niágara, que corre estrechado entre barrancas altísimas; Newark y el fuerte Niágara que están á su embocadura, como á siete u ocho millas de distancia; el lago Ontario y las costas de la otra parte que se dibujan sobre el horizonte, como una ligera zona azul, y á ocasiones parecen una nubecilla trasparente estendida sobre las aguas.

El cielo estaba clarísimo, y solo hacia el Sud se divisaban dos nubes que variaban á cada momento de figura, se disolvían á veces en el aire, pero á pocos segundos volvían á aparecer en el mismo sitio. Pregunté la causa de aquel fenómeno, y me dijeron que eran los vapores ó rocíos de las cataratas. Yo lo habia oido decir, pero no creia que á distancia de mas de dos leguas presentasen aquella figura.

Continuamos nuestro camino, siguiendo á alguna distancia las márgenes del Niágara, y al volver un repecho se obtiene como á dos millas la primera vista de las grandes cataratas.

Llegamos á Manchester, me apeé en la posada del Aguila, y sin perder un momento, corrí á satisfacer mi ansiosa curiosidad, muy mas encendida con la vista momentánea que habia gozado de la magnífica escena.

Tomé una vereda que me condujo á la estremidad del puente que une á Goat-Island con la orilla americana, y los furiosos rápidos me guiaron al precipicio. A medida que avanzaba por la orilla, se iba desenvolviendo á mis ojos, por detrás de Goat-Island, la catarata inglesa ó de la Herradura, y al obtener una vista completa de ella me hallé al borde de la catarata americana, y no pude menos de estremecerme al considerar que sin advertirlo habia llegado á pocos pasos del tremendo abismo.

Paréme, y por algunos minutos me fué imposible distinguir mis propias sensaciones en la confusion que me causó el sublime espectáculo. El inmenso río pasaba rugiendo por delante de mí, y casi á mis pies se despeñaba desde una altura prodigiosa: las aguas, deshechas en ligero rocío al golpe violentísimo, subían remolinadas en tremendas columnas, que á veces se extendían por todo el abismo, y ocultaban parte de la escena. El trueno profundo de las cataratas asordaba mi oído, y el arco iris alzado sobre el precipicio, era el único que veia distintamente en aquella confusion espantosa.

El río Niágara es propiamente un canal, por donde el lago Erie descarga sus aguas en el Ontario. La diferencia de nivel entre uno y otro es de unos 400 pies: el largo del río es de unas 33 millas, y su anchura varia, segun el terreno, desde 6 á 7 hasta media. Contiene varias islas; pero la principal es Grand-Island, cedida á los Estados de Nueva York por los indios Sénecas, que tiene 12 millas de largo y de 2 á 7 de ancho. La altura de las márgenes del río al salir del lago Erie hasta las cataratas, varia de 4 á 100 pies; pero de las cataratas á Lewinston termina de repente por ambos lados del precipicio; se ensancha el río, y hasta el lago Ontario, que dista unas 7 millas, sigue el terreno casi á su nivel. De aquí han inferido los geólogos, que las cataratas existieron primeramente junto á Kimston y Lewinston, y que la fuerza del torrente ha ido derrumbando su lecho, ha abierto aquel larguísimo precipicio, y hecho retroceder las cataratas al lugar en que hoy se hallan y lentamente van á abandonando.

Por la lentitud con que vá destruyéndose el borde actual del abismo, calculan el transcurso de tiempo que habrá sido necesario para hacer igual operacion en el espacio de 7 millas sobre el fondo de la misma materia. Despues de Grand-Ireland se encuentra New-Island, y pasada esta, como á 2 millas de las cataratas, acaba la navegacion de la parte superior del Niágara, porque la corriente es ya tan violenta, que ningun barco estaria seguro si se aventurase hasta mas allá.

Sin embargo, al principio no se vé ninguna señal de esta aceleracion. Ni se oye ruido, ni cuando está tranquila la atmósfera se vé en el río movimiento alguno. Al contrario, aparece terso como un espejo, y estaria uno tentado á bañarse en sus cristales perfidos, si algunas ramas de árboles no avisaran el peligro por la velocidad con que pasan arrebatadas de aquel torrente irresistible, imperturbable, como el órden eterno de los destinos.

Pero se encuentra Goat-Island á la mitad del río, y lo divide en dos brazos. Aquí el lecho se torna desigual y áspero, y las aguas se precipitan bramando entre los peñascos cortados á manera de escalones, y los cubren de espuma con un estruendo y violencia superiores á todo encarecimiento. Estos rápidos duran como media milla, y se calcula que en ellos baja el río 80 pies; pero lo que mas me maravilló fué ver que al acercarse las olas al precipicio, toman una direccion oblicua al declive, y chocan unas con otras, como si quisieran evitar la fatalidad irresistible que las impele, hasta que vencidas al fin, se dispersan en el abismo, tronando hordamente y lanzando á los aires columnas inmensas de vapores, entre los cuales resplandece el iris con los mas vivos colores.

Por el rudo bosquejo que acompaña á esta carta, conocerás mejor que por la mas menuda descripcion, la forma de las cataratas y sus inmediaciones. La altura perpendicular de la del Oeste ó inglesa, es de 150 pies, y la del Este ó americana, 1.100, que con 980 que tiene el frente de Goat-Island, hacen una anchura de mas de 4.000 pies en el espacio ocupado por las cataratas. En la americana y los bordes de la inglesa, el agua deshecha por la fuerza de la caída, baja en largos lienzo de espuma; pero en la seccion del círculo que forma el centro de la última, como que se suspende una bóveda inmensa de cristal verdoso, cuya base se confunde en la nube de vapores que levanta en golpe en el fondo del precipicio. Lo que mas me admiró, fué ver que en esta parte, en vez de despeñarse las aguas con violencia, descendian con magestuosa lentitud, como si se sostuvieran unos á otros los torrentes acumulados del borde al fondo del abismo.

Siempre que hay sol se ven los colores prismáticos dispersos aquí y allí sobre las cataratas; pero cuando el aire está sereno, y el sol en ciertas porciones, se vé completamente el arco iris, como lo he visto yo dos mañanas, empezar en el fondo de la catarata inglesa, y acabar á mis pies al borde de la americana, encerrando bajo de sí, toda esta magnífica escena.

Se disputa mucho sobre cuál es la mejor vista que hay de las cataratas. Yo prefiero la de Table-Rock al lado canadiense. Al pié de cualquiera de las cataratas, se encuentra uno mas aislado, puede apreciar mejor el volúmen tremendo de agua que se despeña, y se siente incomparablemente mas la fuerza de su trueno; pero es tal la agitacion de los vapores que no puede verse mas que una de la escena. Yo al pié de la catarata americana, nunca pude distinguir nada de la inglesa, aunque el sol brillaba sin nubes, y hacia resplandecer las aguas despeñadas como una lluvia de diamantes; solo de cuando en cuando vi confusamente los árboles que bambolean en la cima de Goat-Island.

Los rápidos objetos, quizá son tan dignos de admiracion como las cataratas. Las olas del Océano azotadas de las tempestades, apenas dan una idea del tremendo error de los rápidos del Niágara; sin embargo el general Porter ha echado un puente sobre ellos, entre Goat-Island y la orilla americana Bat-Island, que contiene una casa de baños, refrescos y villar, y divide en dos el puente. Mas de una vez me he parado sobre él, he mirado abajo el furor de las ondas, se me ha trastornado la cabeza, y apenas he podido comprender como subí. Entre los rápidos hay algunas islas, jamás holladas de pies humanos, socabadas por debajo por el continuo impulso de la corriente, y no será extraño que desquiciadas al fin, vayan á parar con todos sus árboles al fondo del abismo.

Pasé á Goat-Island, y la bajé toda para obtener diferentes vistas de las cataratas y los rápidos. En otro tiempo ponian las águilas sus nidos en ella creyéndose en absoluta seguridad; pero se han retirado desde que la mano atrevida del hombre ha abierto una comunicacion, que parecia imposible si no se viese realizada. Lo que hallé fué un sinnúmero de palomas torcaes que me hicieron echar menos la famosa escopeta que tantos sustos dió á las colorras de Jesus Maria.

Despues de haber errado en los bosques eriales de Goat-Island, me senté al borde de la catarata inglesa, y mirando fijamente la caída de las aguas y la subida de los vapores, me abandoné libremente á mis meditaciones. Yo no sé que analogia tiene aquel espectáculo solitario y agreste con mis sentimientos. Me parecia ver en aquel torrente la imagen de mis pasiones y de las horrascas de mi vida. Así como los rápidos del Niágara hierven mi corazón en pos de la perfeccion ideal que en vano busco sobre la tierra. Si mis ideas, como empiezo á temerlos, no son mas que quimeras brillantes, hijas del acaloramiento de mi alma buena y sensible, ¿por qué no acabo de despertar de mi sueño? ¡Oh! ¿cuándo acabará la novela de mi vida para que empiece su realidad?

Allí escribí apresuradamente los versos que te incluyo, y que solo espresan débilmente una parte de mis sensaciones (1). ¡Cuántas

(1) Estos versos son la magnífica oda del Niágara, que se halla en la coleccion de sus poesías.

cavilaciones sublimes y profundas puede escitar aquella situación en una alma serena y tranquila! ¿Qué campo á la imaginación de fuego del entusiasmo religioso! ¿Quién, á despecho de todas las demostraciones de la física, no creerá que la mano que por tantos siglos ha alimentado la fuente de aquella masa espantosa de agua dulce, alzó el Océano á la cima de los Andes, cuando un diluvio universal sepultó la tierra? Dios que se mira en el mar, y habla en medio de las tempestades, puso también sus manos en los desiertos del Norte de América, y en el Niágara grande y sublime como los truenos, y el Océano dejó una huella profunda de su omnipotencia. ¿Veis esas columnas de vapores, que alzándose con un movimiento espantoso de rotación van á confundirse con las nubes brillantes del estío que pasan con lentitud sobre este teatro maravilloso? Así suben al señor las preces de los hombres justos, que en su fervor sagrado unen la tierra con el cielo. ¿Veis cómo rasplandece el iris gloriosamente sobre ese abismo insondable y tenebroso? Así brilla la luz de la inmortalidad que la esperanza y la religión encienden sobre las tinieblas del sepulcro.

Al otro día continué mis paseos. En la barranca perpendicular del lado americano hay una escalera de tablas para bajar al pié de la catarata: bajé por ella, y te aseguro que á la mitad de la distancia miré arriba y abajo y me sentí herido del mas profundo terror. Además, el rocío de la catarata que se levantaba con furia, me venía arriba como una fuerte lluvia y me incomodaba sobremanera.

Atravesé en un bote el lado canadiense, y subí por otra escalera hasta el lugar llamado Table-Rock, que verás marcado en el bosquejo. Es una gran meseta de piedra, que se extiende horizontalmente como 40 ó 50 pies sobre el precipicio. Desde allí podía apreciarse la anchura de la catarata americana, la cantidad ó grandeza de los peñascos amontonados en fila á su pié, como trofeos de furor, la altura del frente precipitoso de Goat-Island, que cortado perpendicularmente como una muralla, divide las aguas, la extensión y furia de los rápidos, y en fin toda la grandeza de la catarata inglesa. La imagen de Chateaubriand es tan verdadera como bella: «no parece río sino un mar, cuyos torrentes se agolpan á la anchurosa boca de un abismo.»

Hace algunos años que se derribó un pedazo del precipicio que seguía Table-Rock, y este por su forma, y las anchas grietas que le ha abierto la filtración de las aguas, no está muy lejos de igual suerte. Se necesita un poco de nervio para acercarse á su borde y mirar desde allí el golpe de la catarata que cae debajo. Yo aunque con recelo lo hice, y solo vi confusión y vaporosa oscuridad.

Seguí la orilla en el río hacia arriba, y subí á una posada magnífica, llamada el pabellón, desde cuyos balcones se obtiene una vista muy estensa de las cataratas, los rápidos, y la parte superior del río hasta New-Island, con todos los campos vecinos. Empero es preferible la de Table-Rock para los que gusten de emociones mas fuertes y solemnes.

Al volver por la orilla del río, alcancé á ver un bote que había salido de New-Island y se dirigía á la orilla canadiense. Le encaré un antejo, y vi un hombre solo, que se esforzaba en luchar con la corriente que le llevaba hacia el rápido con una velocidad espantosa. Si desmayaba un momento, su pérdida era inevitable. Seguí sus movimientos con una extrema ansiedad, y no creo que él sufriera la mitad de las angustias que me hizo padecer hasta que aportó á la orilla, poco mas arriba de los rápidos.

Contáronme que un indio dormía en su canoa atado á un árbol en la parte superior del río, y que algun malvado la desató al pasar. El sin embargo, solo despertó al rugir tremendo de los rápidos. Lleno de horror hizo algunos esfuerzos para llegar á la orilla; pero viendo su inutilidad, abandonó el remo, se cubrió la cabeza con su manta y se abandonó á su espantoso destino!... ¡Oh! ¿Qué poeta podría espresar los sentimientos del infeliz en los fugaces instantes que precedieron á su aniquilación?

Volví á Table-Rock, y bajé la escalera que conduce al borde del río. De allí me adelanté hacia el pié de la gran catarata, resuelto á llegar á él. Empero el estruendo, el rocío que me inundaba, el sentir las piedras deslizarse bajo mis pies, al ver que nadie me seguía y la especie de temblor que causa el Niágara á cuanto le rodea, me hicieron renunciar á mi proyecto. Paréme, y eché una ojeada sobre su terrible y magnífica escena, que sin duda no olvidaré jamás. Aquel mar, desenvolviéndose en lienzo brillante de espuma y nieve, se despeñaba á pocos pasos de mí, asordando mis oídos con su estruendo. El borde de la catarata se extiende horizontalmente como el Table-Rock, de que es una continuación; y el vasto lienzo de agua tendida delante, deja suficiente lugar para que se entre por aquella especie de galería, que es el verdadero palacio del Niágara. Muchos han entrado y hacen maravillosas relaciones; pero yo no quise imitarlos. Por mas que digan no puede haber seguridad donde un paso en falso

que es facilísimo en aquella oscuridad, ó resbalan entre tanta piedra cubierta de muzgo, conduce al curioso á una muerte instantánea, inevitable.

Es indescriptible la impresión que me hacía el estruendo de la catarata repetido en el hueco de aquellos peñascos informes. Quien solo lo ha oído desde arriba, apenas tiene una idea. En vano se han esforzado á espresarla sus admiradores. Los cañonazos, los truenos, solo son un momentáneo estallido para poder compararse con aquel fragor tremendo, invariable, eterno, que en vano quiere figurarse la imaginación del que no ha estado al pié de la catarata del Niágara. Antes de echar la última mirada sobre las maravillas que tenía delante, arranqué un pedazo de una piedra cargada de hermosas cristalizaciones y volví á atravesar el río.

Desde su mitad debe obtenerse una espléndida vista de las cataratas en los días serenos; pero yo tuve la desgracia de que me tocara uno oscuro y tempestuoso. Hé aquí la descripción del viaje Howinson que visitó el Niágara y el lago de las mil islas con todo el entusiasmo de un poeta.

«En medio del río.... Hallábame en medio del área comprendida en el semicírculo de las cataratas, que es de mas de 3,000 pies, y flotaba en la superficie de un golfo enfurecido, sin fondo.... precipicios magestuosos, arcos iris espléndidos, árboles altísimos y columnas de rocío, eran las decoraciones de aquel teatro de maravillas, mientras un sol resplandeciente esparcía refulgente gloria sobre toda la escena. Rodeado de nubes de vapor, y lleno de confusión y temor por el fiero estruendo, miré hacia abajo, y á la altura de 150 pies, vi torrentes vastos, densos terribles y estupendos, que se quebrantaban furiosamente sobre el precipicio, y rodaban de él sonidos fuertísimos, semejantes á descargas de artillería ó explosiones volcánicas, que se distinguían entre el tumulto de las aguas y aumentaban el horror del abismo de que salían. El sol mirando magestuosamente por entre los vapores que se elevaban, estaba rodeado de un círculo radioso, en tanto que fragmentos del iris flotaban por do quiera y se desvanecía momentáneamente para dar lugar á otros mas brillantes. Miré atras, y vi el Niágara, tranquilo otra vez, recorrer magestuosamente por entre los precipicios que lo encierran, y recibir gotas de rocío por los árboles que se encorvan sobre su seno trasparente. Una brisa ligera rizaba sus aguas, y pájaros hermosos revoloteaban sobre él, como para felicitarlo por su salida de aquellas nubes de rocío, que son los iris y truenos con los anuncios de su despeño en el abismo de la catarata.»

Hasta aquí Howinson. Yo no pude gozar de la brillantez de la escena, porque, como dije, pasé el río en un día oscuro y tempestuoso. El cielo estaba enteramente cubierto de nubes tan espesas, que ni aun se distinguía el paraje donde estaba el sol. El viento de la tempestad, rugiendo entre aquellas cavernas, revolvía con tal furia alrededor de mí el rocío de la catarata, que entre sus torbellinos apenas me dejaba ver los precipicios altísimos y las grandes masas de agua despeñadas desde la cumbre. Empero aquella misma confusión y la lúgubre sombra del cielo, daban su peculiar sublimidad al espectáculo. De cuando en cuando calmaba un poco el viento y podían verse las nubes negras que pasaban volando sobre el precipicio, y desde abajo parecían tocar á los torrentes y desatarlos de su seno tenebroso. Parecíame que veía á Dios indignado abriendo otra vez sobre el mundo criminal las cataratas del cielo.

Hasta una larga distancia de las cataratas, está la superficie del agua cubierta de espuma, que con su extraordinaria consistencia, mas bien que de río, le dá el aspecto de un campo cubierto de nieve, agitado por las tempestades invariables.

Me pesaba apartarme de aquel lugar; y antes de retirarme volví al borde de la catarata americana. La estuve contemplando un rato; y al irme, apenas me aparté de la piedra en que había estado parado, la vi desprenderse y rodar al abismo con solo el leve impulso que al levantarse le dieron mis pies. Aquella piedra, sobre la cual me había creído seguro algunos segundos antes, estaba ya donde no volverían á hollarla pies humanos: enfióse un poco mi insaciable curiosidad: subí la escalera con mas que regular cuidado, y me retiré á descansar de las fatigas del día.

JOSÉ MARIA HEREDIA.

LA FUENTE DE SAN JUAN DEL DEDO.

San Juan del Dedo está situado en el distrito de Morlaix, departamento del cabo de Finisterre, en Francia. La iglesia, que es una obra maestra por su esbeltez, está dominada por un hermoso cam-



(Fuente de S. Juan del Dedo.)

panario cubierto de zing. Hé aquí la leyenda del Dedo de S. Juan:

Cuando se quemaba su cuerpo en Samaria, una lluvia milagrosa apagó la pira y permitió sustraer un dedo, que fué enviado al patriarca de Jerusalén. Tecta, virgen normanda, le transportó á su patria. Un jóven breton de Plougasnou hizose tan vivamente devoto de esta reliquia, que quiso arrebatarla; el dedo le eximió de este hurto, yendo él mismo á colocarse en su mano entre la epidermis y la carne, y el breton, que se habia dormido, se encontró transportado milagrosamente á su parroquia. Allí el mismo dedo milagroso se desprendió y fué á colocarse en el altar. El duque de Bretaña, sabedor del milagro, hizo edificar la iglesia actual de S. Juan del Dedo, cuya primera piedra se puso el año de 1440, y cuyo edificio se concluyó en el 1513 por las liberalidades de la reina Ana.

Esta princesa, que padecía enfermedad de ojos, quiso un día que le llevasen la reliquia para ponerla en contacto con el órgano enfermo, pero el dedo mismo milagroso volvió de nuevo á su sitio. Aconteció lo mismo cuando los ingleses lo arrebataron en el año 1459.

Un cáliz de plata sobredorada, regalado por la reina Ana, existe aun en el tesoro de la iglesia de S. Juan del Dedo. Este cáliz tiene trece pulgadas de elevación; su copa tiene cinco pulgadas, seis líneas de diámetro. En esta base hay ramos sostenidos por un ángel. La copa está adornada por ocho medallones que representan á los Apóstoles, en esmalte. En la patena hay un niño Jesús, á cuyos lados la Virgen y S. José están en adoración. Dos pastores atentos bajo un arco abovedado contemplan aquella escena. Este lindo trozo está esmaltado sobre un fondo de color grizo. Un retrato, sin duda

el de uno de los maridos de la reina Ana, se ve en relieve sobre esta patena.

Un manantial que existia contiguo á la iglesia de S. Juan del Dedo habia adquirido, segun se decia, una parte de las virtudes milagrosas de la misma reliquia. Los peregrinos concurrían en gran número, y concurren aun para curarse por medio de esta agua que, como el dedo de S. Juan, es sobre todo excelente para las enfermedades de los ojos. Háse erigido sobre el manantial la hermosa fuente que representa nuestro grabado. Está construida de piedra de Kersanton y de cing. Tres recipientes sobrepuestos y decorados de cabezas de ángeles están dominados por una estatua que representa á S. Juan Bautista. Nunca se podrá alabar suicientemente la belleza de este monumento, cuyos pormenores aparecen á través de una lluvia de agua cristalina que cae á manera de cascada en tres pilones.

UN BUQUE CHINO EN LONDRES.

(Continuacion.)

El tiempo, aunque con frecuencia borrascoso durante el paso del junco á América, no fué nada malo, comparado con la continua serie de tempestades que sufrió en su viage desde aquellas regiones á Inglaterra. En esta ocasion la Sra. Hellett iba de pasajera, y sufrió los mismos disgustos y azares que la tripulacion, y manifestó mas



希生廣東老爺

valor y serenidad en el peligro que muchos hombres. El asiento del diario correspondiente al 23 de febrero de 1848 refiere que la ráfaga que había sido fuerte durante la mañana, aumentó tanto á la 1 de la mañana, que hubo que coger dos rizos al trinquete. A las 3 había una ráfaga muy fuerte, y se arrió el trinquete. Durante este temporal se perdieron los cables del timon. Una tormenta mayor aun, ocurrió tres días despues.

Hemos mencionado estas circunstancias para demostrar las cualidades del *Keying* como embarcacion marinera, porque muchos opinaron, tanto en Inglaterra como en China, que no podria atravesar nunca los mares borrascosos, que tendria que hallar necesariamente.

El 15 de marzo echó el ancla en las aguas de Jersey, donde se atrevieron á aventurarse fuera del puerto. El 25 de marzo salió de Jersey remolcado por el buque de vapor «Monarca», y llegó el 28 cerca de Gravesend.

Un personaje muy interesante á bordo del junco es *Hsing*, un mandarin de quinta, cuyo distintivo es un boton de cristal en la cúspide de su gorro. Tiene 46 años, y es inteligente, amable y caballeresco. Durante el viaje aprendió un poco de inglés; pero el acento y estilo chino que dá á aquel idioma, asi como la dificultad que experimenta al pronunciarle, hacen muy dificultoso el entenderle, aunque él lo desea con mucha vehemencia. El capitán Kellett le enseñó á escribir su nombre con caracteres ingleses, con lo cual estaba sumamente vanidoso. Nosotros conservamos entre otros objetos que nos ofreció cuando le visitamos, un ejemplar de su retrato (del cual es copia fiel el que representa el grabado) en el que escribió nuestro apellido con caracteres chinos primero y europeos despues, sin que fueran obstáculo para él las letras y terminaciones duras á la pronunciacion que le componen. Como acontece á todos los chinos

que han recibido cierta educacion, escribe su propio idioma con suma perfeccion y elegancia. Es natural de Canton, y hasta la época de su navegacion no se habia apartado arriba de 40 millas de aquella ciudad. Sus amigos trataron de disuadirle por todos los medios posibles de que hiciera el viaje, diciéndole por último que el *Keying* se iria á pique en alta mar, ó naufragaria antes de doblar el cabo de Buena Esperanza. Cuando supo que habia pasado dicho cabo, se manifestó muy complacido y dijo: «aquel hombre en China no decia la verdad; aseguro que me salvaria antes de pasar el cabo. He pasado el cabo y estoy vivo.» La inscripcion que hay en caracteres chinos al pié del retrato significa: CANTON: MANDARIN HESING.

Los juncos chinos son de varios tamaños; la mayor parte de ellos están dedicados á los rios y numerosos canales que interceptan cada parte del celeste imperio. Los vapores tienen unas 1000 toneladas; el *Keying* es del segundo tamaño. Los chinos hacen raras veces viajes largos, pues aunque hace muchos siglos que están acostumbrados al uso de la brújula, pocas veces pierden de vista la costa. Dos juncos van á Calcuta cada año; pero en este caso, asi como en su comercio de Singaore y Batavia, emplean capitanes extranjeros, que son generalmente portugueses.

Tienen asimismo los chinos una supersticion singular, y es que pintando un ojo grande á cada lado de la proa, puede el buque de este modo ver su camino. Cuando se les preguntaba con que objeto lo hacian, contestaban:—Tiene ojo, puede ver; no tiene ojo, no puede ver.» En el día de cualquiera de sus festividades religiosas, adornan los ojos con tiras de trapo encarnado.

El *Keying*, llamado así en obsequio del comisionado chino en Canton, está construido enteramente de *Teak* (1), y se cree que ten-

(1) Especie de madera mas dura que el roble que se cria en las Indias Orientales.

ga ya 100 años. Esto parece muy probable, puesto que un individuo de su tripulación anterior había navegado ya anteriormente en este junco mas de 50 años. Su longitud mayor es de 150 pies; anchura entre los baos, 25 y medio pies; ondrá de la bodega, 12 pies; altura de la popa sobre el agua, 38 pies, altura de la proa 50 pies.

El medio de construcción es muy particular: en lugar de poner primero las cuadernas y ligazones, como se hace en Europa, son los únicos que se colocan, y el buque se pone junto primero, sosteniéndole con clavos inmensos. El último procedimiento es embonar y empalmar las cubiertas. Dos baos inmensos ó dos cadenas se ponen entonces debajo, delante y detrás, para sostener los otros baos en sus sitios. Las cuadernas de la cubierta son un arco, y se erige encima una plataforma que la protege del sol y demás injurias del tiempo. Las costuras de los tablonos son calafateadas con hilachos derredos de pescar, viejas, ó con astillas de bambú, y embreadas después con una argamasa llamada *chicam*, compuesta de conchas de ostra quemadas en cal, con una mistura de madera de bambú fino machacado con un aceite vegetal extraído de una clase de nuez que hay en el país. Cuando esta composición se seca se pone escesivamente dura, no se deshace nunca, y las pinturas, aseguradas de este modo, están perfectamente seguras y no dan entrada al agua.

Toda la obra del buque es completamente sólida, cuando se encuentran los árboles del tamaño necesario, los cortan, los despojan de la corteza, los sierran en la longitud conveniente, sin cuadrar los costados si no dejándolos tal cual han nacido. No se usa ningún medio artificial para ninguna de las ligazones de las cuadernas; se encuentra un árbol ó una rama de él con la curvatura requerida, y se emplea para el objeto deseado.

Alegan los chinos para justificar su conducta en este concepto, que no pueden hallar razón alguna para emplear ó buscar y elaborar á mano y con escrupuloso cuidado las piezas para un sitio en que no es necesario esto; y que es absurdo hacer los puentes de la bodega muy finos y pulidos, cuando solo se han de poner allí efectos ó lastre: y que las cuadernas de los costados ó la cubierta, si es un junco de guerra, son bastante buenas para recibir los tiros, sin que sea necesario gastar mucho tiempo en labrarlas.

Aun el trabajo del interior de la cámara es de la peor clase, y forma un contraste singular con la belleza de los adornos y el trabajo y gracia de ellos. Esta diferencia se puede conocer perfectamente en el salón de *Keying*. Los chinos, en todas sus cosas, parecen hacer una distinción marcada entre lo que ha de ser objeto de lujo, y los objetos de uso. A tal extremo llevan esta idea, que hasta sus puertas carecen de quicios estando reemplazados con una especie de muesca.

Es una circunstancia particular, y que requiere verlo para creerlo, que no hay en la construcción, aparejos ni adornos de un junco chino ni una sola cosa que se parezca siquiera á lo que vemos á bordo de los buques europeos.

Cada cosa es diferente: el modo de construirle, la falta de quilla, bauprés y obengues, los materiales empleados, los mástiles, las velas, las vergas, el timón, la brújula, el áncora, todo es distinto de lo europeo. No es menor la diferencia que hay entre los marineros chinos y los de Europa. Todos son hombres, y los respectivos buques que tripulan están destinados á surcar los mares; pero este es el único punto de contacto que tienen: aquí comienza y concluye toda su semejanza. Millares de años habrán transcurrido quizás desde que se botó al agua el primer junco, y todavía, si pudiéramos verle, halláramos en los de ahora exactamente el mismo aspecto, diferenciándose tan solo quizás en el tamaño. Centenares de buques europeos, con toda su elegancia de formas, belleza y esbeltez de aparejos han estado constantemente ante la vista de los chinos, sin que hayan manifestado éstos reconocer la inferioridad de sus buques, ni deseos de imitar los nuestros. La irreducible prevención, el innato y escusivo desprecio á todo lo que es extranjero, son obstáculos poderosos que estorvan todo progreso. A tal extremo llega esta preocupación, que si se hace un junco chino apartándose en lo mas mínimo de las reglas antiguas y establecidas, se le carga con un nuevo gravamen, por decreto del emperador, considerándole como si fuera construcción extranjera. Quizá el continuo roce con los ingleses y con otras naciones efectúe dentro de algun tiempo cierta variación en los hábitos y costumbres de este pueblo singular, y probablemente llegaremos á ver en sus buques notable semejanza con los nuestros.

COCINA.

Al saltar á bordo del *Keying*, lo primero que se encuentra es el fogón ó cocina, tan diferente en todos conceptos de las que se usan en nuestros buques, y hasta colocada de tan distinto modo. La parte inferior está construida de ladrillos, y los dos agujeros cuadrados que ay en su frente son para el fuego. Enfrente de estos dos hornillos

hay dos pilones llenos de agua, dispuestos de tal manera que cualquier combustible encendido que salga de aquellos se apaga en seguida en el agua que contienen estos. El combustible que usan es de leña. Mirando al interior del fogón, se ven dos cazuelas de hierro rodeadas con tejas encarnadas; éstas están colocadas encima del fuego. Una de ellas se halla cubierta con una especie de medio casco; esta cazuela se emplea para cocer las raíces, siendo la cubierta para impedir que al cocer el agua se evapore, lo cual hace que las raíces salgan divinamente condimentadas; impide asimismo la cubierta que se vuelque el contenido de la cazuela cuando el buque tiene mucho movimiento. La otra cazuela la emplean para freír pescado, carne, etc. Las raíces y los pescados son los principales alimentos que gastan los chinos. La cantidad diaria de raíces para cada individuo es de unas tres libras. El labado de los platos, etc., se efectúa en un tablado que hay á la parte de afuera de la cocina, de modo que tienen siempre la loza en un estado de perfecta limpieza. A la izquierda, y muy inmediato á la cocina, hay un aligibe construido de madera, que está pintado por fuera imitando al ladrillo, capaz de contener 27,000 cuartillos.

El curioso pasará entonces á la entrada dorada y cubierta de molduras del salón ó cámara principal, protegida por una especie de claraboya, cuyos costados están formados con la preparación de las conchas de ostras empleadas tan comunmente en China en lugar del vidrio, siendo este muy caro para los usos comunes. Tiene 50 pies de larga, 25 de ancha, y 11 de alta.

Del techo cuelgan muestras de algunas de las diferentes clases de linternas en cuya fabricación son tan hábiles los chinos. Las hay de diferentes formas y tamaños, y los materiales de que se componen son muy variados. Asta, vidrio, seda y papel se usan indistintamente en su construcción, y algunas veces una obra de malla, de seda fina, está cubierta con una capa de barniz capaz de encerrar y transmitir la luz al exterior. Los bastidores ó marcos están cincelados y dorados de una manera espléndida, mientras que la cubierta transparente está bordada ó pintada, según el material de que se componga, representando paisajes verdaderos ó ideales, ó figuras de flores ó animales existentes ó fabulosos.

De todas las particularidades que tiene esta nación singular, no hay ninguna tan notablemente distintiva como su parcialidad escusiva por las lámparas y linternas. Cada calle, iglesia, casa, y barco, las tiene con abundancia, y después de entrada la noche, sería tan extraordinario encontrar á un chino sin su linterna como sin la cola que forman con su pelo en la parte posterior de la cabeza. Hay una razón poderosa para esto, y es, que si se encuentra en las calles después de la queda á un chino que no lleve su linterna encendida, con expresión del nombre y sitio en que vive, está sujeto á que le arresten los funcionarios de policía. A tal extremo llevan esta costumbre, que cuando una de las baterías que habían hecho fuego sobre el buque inglés «Alceste» á su paso por la Boga, fué destruida por una andanada de dicho buque, y huyeron los artilleros chinos que la servían en el mayor desorden, en vez de procurar escaparse favorecidos por la oscuridad de la noche, cada soldado cogió su linterna y escaló las escabrosidades que había detrás del fuerte. Los grandes globos luminosos y pintados que elevaban, formaron excelentes punterías para los marinos ingleses que querían hacerles fuego á los chinos que se retiraban, olvidando todo el temor de las consecuencias que había de producirles necesariamente en aquella ocasión la práctica de su singular costumbre nocturna.

Las paredes y el cielo del salón son de fondo amarillo, y están cubiertas de pinturas que representan flores, follaje, frutas, insectos, pájaros, monos, perros y gatos. Esto, así como los demás adornos del buque, está pintado por un chino natural de Canton, llamado Sam-sing, que está á bordo del junco, y que dejó su país y su familia para acompañar al «Keying» donde quiera que vaya, con el objeto de ejecutar otras pinturas, ó relocalar y dorar cuanto sea necesario. Es digno de mencionarse también aquí un incidente que muestra la supersticiosa veneración que tributan los chinos á sus ídolos. Sam-sing es un hombre muy religioso, y muy exacto y escrupuloso, para hacer sus devociones y leer sus libros sagrados. El gran Joss, ó imagen de la divinidad que se halla en el salón, y que describimos á continuación, perdió una parte de sus dorados; se le pidió que los reparase y dorase de nuevo el ídolo, pero se negó rotundamente á hacerlo, alegando como motivo poderoso para su negativa, que no era él de esfera ó categoría bastante elevada para aventurarse á tocar lo que para él, en su desdichada ignorancia, es cosa tan santa.

Al extremo del salón está el nicho del Yos, en el que se halla el ídolo Chin-Tee, que tiene 18 brazos, con su compañero Tung-Sam y Tung-See. Una cosa parecida á este grupo forma invariablemente una parte del coronamiento de cada casa y buque de China. La escultura de este grupo es de mucho mérito; está pintado de encarna-

do y tiene profusión de dorados, y los calados están adornados con flores y hojas azules. El idolo principal y mejor dorado está hecho de una sola pieza de madera de alcanfor, y tiene por encima un paño de seda encarnada.

El altar que hay enfrente del idolo, donde se quemaban los perfumes, es también de madera de alcanfor pintado de encarnado.

El incensario para quemar maderas aromáticas y papel dorado, está colocado encima. El frente de este altar es de fondo encarnado, enriquecido con dorados y adornos de flores é insectos, y los dragones imperiales con las llamas figuradas. A cada lado hay una especie de escudo verde, en que se ven palabras Chinas, invitando á los idólatras á que eleven muchas ofrendas de oro y piedra de ágata.

CUBIERTA.

Saliendo del salon y subiendo unos cuantos escalones del alcázar, se ven colocados á los costados varas y distintivos de honor, usados en ocasiones solemnes; lanzas y picas de abordage, rodela redonda hecha de roten ó caña; las usan muy diestramente los chinos, y son bastante fuertes y sólidas para resistir á un sablazo y aun á una bala de fusil.

Yendo hácia popa, y bajando á un puente inferior, se ven las piezas de dormir de los marineros chinos. Inmediata á esta, se halla la parte mas sorprendente del buque, el enorme timon no colgado sobre los hierros conocidos con el nombre de machos y hembras del timon, porque el buque no tiene esteriormente apoyo ninguno para él, sino colgado de dos molinetes por tres cables largos hechos de cáñamo y juncos: uno está arróllado al molinete en la última cubierta, y los otros dos rodeados á un molinete que hay en la cubierta superior, de modo que puede subirse ó bajarse con arreglo á la profundidad del agua en que navega el junco. Cuando el timon descende en toda su estension para emprender una navegacion, cala unos 24 pies, que son 12 mas de los que cala el buque, y es gobernado en esta cubierta. Está sujeto en la popa en una especie de concha, por medio de dos cuerdas inmensas de bambú, atadas á la parte posterior de él, que corren por la parte inferior del buque, y subiendo por la serviola á la primera cubierta, están amarradas y fijas. Cuando se baja el timon á su mayor profundidad, requiere generalmente la fuerza de 15 hombres para mover su larga caña, y aun así, con la ayuda de la potencia de un aparejo de bolinear y un juego de garruchas. Sin esto, necesitaría 50 hombres. En una ocasion, corriendo el junco con una ráfaga fuerte y chubascos de granizo, un guardin de caña de 9 pulgadas de circunferencia se rompió por la mitad como una hebra de hilo. El timon permanece subido en la actualidad, y tiene montada una caña pequeña en la cubierta superior. Está hecho de palo de hierro y de otra especie de madera mas dura que el roble que se cria en las Indias Orientales, y guarnecido de hierro; su peso es de 7 y media á 8 toneladas, y se halla perforado con romboides.

SEGUNDA CUBIERTA.

Al subir á la cubierta inmediata, se pasa bajo un toldo hecho de conchas de ostra, semejante al de la entrada del salon; debajo cuelga un pendon, llevado delante del emperador en una de las procesiones religiosas mas solemnes; aquí se vé la cabeza del timon, con la caña pequeña, así como uno de los molinetes mencionados antes, con el cable rodeado. Enfrente hay un pedazo de madera en que están escritas estas palabras: «Plegue al cielo que las aguas del mar no pase nunca sobre este junco.» Los marineros chinos consideraban esto como un encanto, y le cosieron dos trapos encarnados. En la parte trasera se vé el templete del Dios de los marineros, que contiene la divinidad del mar con sus dos acompañantes, provisto cada uno de una banda encarnada. Cerca de la Diosa principal hay un pedazo de madera de la primera cuaderna que se puso del Keying; fué llevado á uno de sus templos principales, donde le consagraron y entonces le trajeron á bordo, y le colocaron como simbolo de la totalidad del buque, bajo la proteccion de aquella deidad. Enfrente hay un bote pequeño de barro, que contiene la tierra y raices chinas sagradas, en el cual se quema el perfume, talco, etc. Hay igualmente una lámpara encendida, que estuvo ardiendo en todo el viaje, porque si se hubiese apagado habriase considerado como un mal pronóstico. A derecha é izquierda antes de entrar en el templete, hay pinturas de Sam-Sing. Una de ellas representa las abluciones del mandarin, otra una señora china en su tocador, la tercera un globo con peces dorados. En las hojas de las puertas de los camarotes hay pintadas una señora de Canton, otra de Pekin, un chino desmenuzando raices, la muy estimada flor Leichee, y un pote de flores chinas. Hay varios camarotes para pasajeros, sobrecargos, etc.

CUBIERTA TERCERA Ó DE POPA.

Al subir á esta cubierta se halla uno á 58 pies sobre el nivel del agua. Aquí se disfrutó la mejor vista del buque, y se vé también el otro molinete que sirve para subir y bajar el timon, y el palo de mesana, que tiene unos 50 pies de largo, y está puesto en un costado, para dejar maniobrar la caña del timon, cuando navega en poca agua.

CUBIERTA MAYOR.

Bajando ahora y pasando por la cocina, se llega al PALO MAYOR, que tiene 53 pies de largo y 10 de circunferencia en su pie; es tal cual nació el arbol, sin mas diferencia que haberle quitado la corteza. No es perfectamente recto; pero esto que seria considerado entre nosotros como un defecto, no lo es para los chinos, que prefieren un mastil que tiene una comba al que carezca de ella, creyendo que así tiene mas fuerza, y es evidente la buena calidad del árbol. Este palo está rodeado de aros, á consecuencia de haberse rajado cuando le estaban curando. El procedimiento que usan los chinos para esto, consiste en enterrar el arbol en un terreno pantanoso, con lo que dicen que se hace la madera tan fuerte como si fuera hierro. Los mandarines que navegaron en este junco á Cochín-China, apreciaban mucho el buque por la comba del palo que hemos mencionado. El mastil no se introduce en el casco arriba de 4 pies, porque el Keying no tiene sobrequilla, pero está fuertemente sujeto entre dos pedazos de madera. No tiene estais ni obenques. Las vergas mayores son de una madera muy fuerte, y lo mismo que el mastil, no tienen mas preparacion que haberlas despojado de la corteza. La verga superior tiene 75 pies de larga y la inferior 60.

Las velas están hechas de un tejido tupido de tela mas sutil que el cáñamo, que coje el viento mucho mejor, que rara vez se rompe pues nunca la sacude el viento con fuerza. Estas velas duran mucho tiempo si se tiene cuidado con ellas. La vela mayor de Keying, pesa 9 toneladas, y cubre una superficie de 1100 varas. Una mole de tal peso requiere mucha potencia para izarla: para hacerlo á bordo del Keying, eran necesarios 40 hombres con la ayuda del cabrestante: sin este, necesitaríanse 80 hombres. Estas velas enormes, que no pueden ser izadas sin tal colosal potencia, producen frecuentemente consecuencias serias y fatales. No hace mucho tiempo que un junco grande, de 1000 toneladas, fué arrojado á la costa y naufragó porque la tripulacion de una flota de guerra unida á la del junco no pudo izar la vela mayor.

Estas velas cuelgan de 4 cuerdas largas, y están estendidas en una verga de bambú, teniendo rizos hechos á distancia que varían desde dos á cuatro pies. Cada bambú está asegurado al mastil, al que sujeta por todas partes de arriba abajo, dándole doble fuerza. La vela mayor del Keying tiene 18 rizos. Se hizo por medio de dos solas cuerdas, y con la ayuda de molinetes. Las velas se rizan bajándolas, y esta peculiaridad hace innecesario el mandar gente arriba, de modo que en la noche mas oscura y con el peor tiempo, los cuatro hombres que se hallaban constantemente de cuarto sobre cubierta, podían hacer esta maniobra sin pedir ayuda, y aun tres hombres solos podrían muy bien rizar las velas. Los marineros chinos, probablemente porque el aparejo de sus buques lo hace innecesario, son muy opuestos á subir á las gabias. Algunos juncos grandes llevan una mesana y una gavia de lienzo, únicas velas altas usadas entre ellos: ponen la última cuando navegan con viento contrario, y entonces la llevan tan floja que hinchada por el viento parece un globo.

La grimpola tiene la forma de un pescado fabuloso, con dos prolongaciones como las antenas de una mariposa. Forman la cola largas flámulas y gallardetes pequeños pegados al cuerpo contribuyen á darle una apariencia estrambótica. Tiene pintados algunos caracteres chinos en el cuerpo, que significan: «Buena fortuna al junco.»

(Concluirá.)

HISTORIADORES ANTIGUOS ESPAÑOLES.

Polibio y Floro dejaron escrito bastante sobre la historia de los Cartagineses.

Ambrosio de Morales, natural de Córdoba y cronista de Felipe II, escribió la guerra y dominacion de los romanos, continuando la Crónica de España por Florian de Ocampo, á quien copiaron en lo que pertenece á esta parte de nuestra historia Esteban de Garibay y el padre Juan de Mariana.

Florian de Ocampo, natural de Zamora, floreció en el siglo XV. Fué canónigo de su patria y empezó á trabajar la historia de España

de orden de Carlos V. Don Francisco Cerdan y Rico en sus comentarios al Vossio le señalaba un distinguido lugar. Dice que fué muy instruido y versado en la lectura de los autores griegos y latinos, medallas y antigüedades, y que con el socorro de estos monumentos intentó aclarar el origen de nuestros primeros reyes y pobladores. El marqués de Mondejar alaba su estilo y método, y sobre todo las noticias topográficas de los lugares, de los pueblos y de los parajes antiguos á que corresponden los modernos, aconsejando que se empiece á estudiar por él la historia de España.

Sobre el dominio de los romanos en España, también escribieron siguiendo el arzobispo don Rodrigo en el tratado que publicó con el título de *Ordo Romanorum*, Florian de Ocampo y Mosen Diego de Valera natural de Cuenca, Maestre-Sala y del consejo de la reina doña Isabel de Castilla, por cuya orden compuso la crónica de España abreviada.

Los sucesos acaecidos en España después del nacimiento de Jesucristo, están relatados por Ambrosio de Morales, dando también noticia de los más célebres prelados que florecieron en los primeros siglos de la iglesia.

Idacio, obispo de Lamego, Paulo Odosio, Olímpicodoro, Fosio, Próspero, Aquitánico, y especialmente San Isidoro, escribieron el reinado de los vándalos, de los nuevos y de los godos.

El arzobispo don Rodrigo Jimenez de la Rada, cuya historia se conserva con el nombre de *Rebus Hispani*, aunque en los manuscritos antiguos se conocía con el de Crónica gótica, habló largamente de los godos, y en esta parte le siguieron Juan Magno, arzobispo Upsalense, Ambrosio de Morales, Garibay y el padre Mariana, á quienes crítica Mondejar que empezasen á contar por príncipe nuestro á Ataulfo, porque murió fugitivo en Barcelona, y Wala y Sigerico que mantuvieron su corte y dominación en Tolosa; que dieron por seguro, cuando es muy dudoso, el parentesco de los cuatro hermanos San Leandro, San Isidoro, San Fulgencio y Santa Florentina con el Rey San Hermenegildo, y que hablasen de la supuesta jornada del rey Teodorico por España, y de la falsa predicación de Mahoma que refiere el arzobispo de Tuy en la vida de San Isidoro.

Isidoro Pacense, compuso su crónica del ingreso y conquista de los árabes, cuya obra y las de Fray Prudencio de Sandoval y del arzobispo Pedro Marco, sirvieron de base para que el padre Pedro Abarca y don José Pellicer formasen la relación de la conquista de los árabes mejor que Luis del Mármol y Fray Jaime Bleda, el primero en la historia de Africa, y el segundo en la de los moros.

De los hechos y victorias de don Pelayo y de sus sucesores los primeros reyes de Asturias, Oviedo y Galicia, se encuentra muy poco escrito, pues el Cronicon de don Pedro III el Magno, rey de Leon, que publicó Sandoval como de Sebastian, obispo de Salamanca, es muy breve, pero sin embargo, pertenece al mismo tiempo al cronicon de Albelda, ó de san Millan que dió á luz don José Pellicer, con el nombre de Dulcicio, obispo de Salamanca.

De estos materiales y de los Cronicones de Sampiro, obispo de Astorga, de D. Pelayo, obispo de Oviedo, del de Isidoro Pacense y de algunos privilegios y documentos antiguos, formó Ambrosio de Morales el tercer tomo de su Crónica.

De los condes de Castilla escribieron Fray Gonzalo de Arredondo abad del Monasterio de S. Pedro de Arlanza, Fernan Gonzalez y Fray Juan de Arévalo.

Fray Prudencio de Sandoval, continuando la crónica de Ambrosio Morales, escribió el reinado de don Fernando, que fué el primero que se tituló rey de Castilla y de sus inmediatos sucesores. Por aquel tiempo se publicó la crónica del Moro Rasis, llena de fábulas y de faltas de cronología, é igualmente parece supuesta la que publicó don Juan Perez, arcipreste de Sta. Justa de Toledo.

Don Antonio Nuñez de Castro continuó la crónica de Sandoval, aunque son poco seguras las noticias que dá de los reyes don Sancho el deseado y don Alonso el Noble. Dice Mondejar que el supuesto Lupian Zapata escribió con poco acierto acerca de la reina doña Berenguela, hallándose iguales defectos en las crónicas de San Fernando, su hijo, y de don Alonso el Sabio su nieto, cuyos autores se ignoran; y que también son poco seguras las crónicas de D. Sancho el Bravo, y de don Fernando IV que se suponen escritas por don Juan Nuñez de Villay-san. Las de don Pedro, don Enrique III, D. Juan I, están escritas por don Pedro Lopez de Ayala, chanciller mayor de Castilla.

Hernando del Pulgar, escribió el reinado de los reyes Católicos, pero su crónica no está conforme en todas sus partes con los manuscritos que se conservan.

De nuestros principales historiadores, esto es, de los que han escrito la historia general de España, solo falta hacer mención de don Juan de Ferreras, del marqués de Mondejar y del Padre Juan de Mariana.

El doctor don Juan de Ferreras, cura de San Andrés y bibliote-

cario de S. M., compuso un cuerpo de historia de España, que algunos aprecian, aunque don Francisco Cerda y Rico, no le numeró entre nuestros escritores. Muchas de las noticias que refiere han sido impugnadas por el padre Fray Diego de Mecoleta en la obra titulada Ferreras contra Ferreras.

Don Gaspar Ibañez de Segovia Peralta y Mendoza, marqués de Mondejar, compuso diferentes obras históricas que son muy conocidas y apreciables, aunque su estilo no merece alabanzas.

El Padre Juan de Mariana, nació en Talavera de la Reina el año 1537; enseñó varias ciencias en Roma, Sicilia, Paris y en algunas partes de España, y murió en Toledo el año de 1622. Escribió en latín la historia de España, y después la tradujo al castellano; alcanzando esta obra únicamente hasta el año de 1516, ha sido adicionada en diferentes épocas.

Hasta aquí los que han escrito la historia general de nuestra patria; pero sería notable injusticia no hacer mención de algunos ilustres historiadores que escribieron la de una provincia.

El Padre Pedro Abarca escribió con mucha erudición la historia particular de Aragon; Fray Gualberto Fabricio de Bagad, publicó una crónica, y Gerónimo Zurita, aragonés, una historia de su patria.

El rey don Jaime el conquistador; compuso la crónica de sus hechos que Pedro Carbonell incorporó á la suya del rey don Pedro el Ceremonioso; esta obra escrita en lemosin ha sido vertida al castellano con singular acierto por el señor Bofarull y dada á luz en Madrid hace muy poco tiempo, ella basta á colocar á don Jaime en el número de los mejores historiadores.—Fernando de Eubot escribió la crónica de algunos reyes de Aragon y condes de Barcelona, y Ramon Montaner, compuso otra de los hechos del rey don Jaime I, y de muchos de sus descendientes.

El padre Abarca, el arzobispo Pedro de Marca, y Arnaldo Obienart; escribieron la historia de Navarra, pero se les nota el gravísimo defecto de que se equivocaron en señalar el origen de Iñigo Arista, y que fingieron varios reyes de Navarra contra el sentir del arzobispo don Rodrigo, de don Alonso el Sábio, de don Jaime el Conquistador, de don Pedro IV de Aragon, del príncipe don Carlos de Viana y de Zurita, pues todos aseguran contestes que Iñigo Arista fué el primer rey de Navarra y de Aragon.

Garibay compuso una historia del reino de Navarra. Después se publicó la de Torreblanca: la de Góngora, la de Andrés Tabino y la del padre José Moret.

El documento mas antiguo que se ha encontrado de los primeros condes de Barcelona, es la historia que recopiló el regente Vila. Gerónimo Pujades imprimió la tercera parte de la crónica de Cataluña, y otra igual Pedro Tomie, las cuales solo alcanzan hasta la invasión de los infieles, pero fray Francisco Diego dió mas estension á su historia.

Don Diego Hurtado de Mendoza, hombre de mucha erudición, escribió la historia de la conquista de Granada.

Don Antonio de Solís, compuso la historia de la conquista de Méjico, obra apreciableísima que ha sido traducida á varios idiomas.

Don Antonio de Herrera, historiógrafo de las Indias, en tiempo de Felipe II, publicó en cuatro volúmenes en folio una historia general de Indias que comprende desde el año de 1492 hasta el de 1534.

EL AMOR PROPIO.

El amor propio, dice un escritor, es como la avaricia: no deja nada en el suelo. Esta se baja para recoger el guñapo mas despreciable; aquel se baja para alcanzar el elogio mas insignificante.

GEROGLIFICO.



Oficinas y Establecimiento tip. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION.
a cargo de D. G. Alhambra.